palabra, es decir, la penetracion respetuosa de las verdades y de los fundamentos de la fé por las luces naturales de la razon, reinará incesantemente desde el principio al fin de la obra, que deberá justificar su título de *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo.*

Desarrollemos entre tanto detalladamente cada una de las tres partes.

PRIMERA PARTE.

Se dividirá en dos libros, que se subdividirán así:

LIBRO I.

CAPÍTULO I. —El alma. 11.
CAPÍTULO II. —Dios. 19.
CAPÍTULO III. —Inmortalidad del alma. 23.
CAPÍTULO IV. —Una religion natural.—Refutacion del deismo. 32
CAPÍTULO V. —Necesidad de una revelacion primitiva. 42
CAPÍTULO VI. —Necesidad de una segunda revelacion. 55.

LIBRO II.

CAPÍTULO I. —Conformidad entre las dos revelaciones.—Esposicion. 70
CAPÍTULO II. —Moisés. 72
§ I. —Su antigüedad, su carácter y el de sus escritos.—El pueblo judío.
§ II. —Moisés juzgado por las ciencias en el siglo XIX.—Demuéstrase su inspiracion.
§ III.—Moisés considerado en el relato de la caida del hombre y en la promesa de su rehabilitacion por Jesucristo.
CAPÍTULO III. —La naturaleza humana.—Estudio psycológico sobre el hecho de la *caida* y de la *rehabilitacion.* 109.
CAPÍTULO IV. —Tradiciones universales. 115.
§ I. —Tradiciones sobre la caida del hombre.
§ II. —Estudio de los sacrificios.
§ III.—Tradiciones acerca de la rehabilitacion ó acerca de la esperanza de un libertador.
CAPÍTULO V. —La venida y el reino de Jesucristo. 147.
CAPÍTULO VI. —Resúmen y conclusion. 163.

Tal será la primera parte.

SEGUNDA PARTE.

Versará sobre las pruebas intrínsecas, es decir, la prueba de la divinidad del cristianismo sacada de lo que hay de sublime y de sobrehumano en su moral y sus dogmas, con relacion al estado y las necesidades de nuestra naturaleza, y por oposicion á la impotencia absoluta del espíritu humano para acercarse á ella.—Esta segunda parte se subdividirá como sigue:

CAPÍTULO I. —Preámbulo.—Transicion. 183
CAPÍTULO II. —Esposicion de la moral evangélica. 188
CAPÍTULO III. —Estudio sobre la divinidad de esta moral considerada en la sencillez de su principio y en la fecundidad de sus aplicaciones. 193.
CAPÍTULO IV. —El dogma. 207.
CAPÍTULO V. —Naturaleza y atributos de Dios. 209
CAPÍTULO VI. —La inmortalidad del alma y el cielo. 289. 216
CAPÍTULO VII. —El purgatorio. 226
CAPÍTULO VIII.—El infierno. 232
CAPÍTULO IX. —La redencion.—Su enseñanza. 243.
CAPÍTULO X. —La redencion.—Sus aplicaciones. 243.
CAPÍTULO XI. —La Trinidad. 257. y 266
CAPÍTULO XII. —La Iglesia. 282
CAPÍTULO XIII.—El protestantismo. 299
CAPÍTULO XIV.—Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.—Demostracion de esta doctrina dogmática. 320
CAPÍTULO XV. —La gracia y los sacramentos. 341
CAPÍTULO XVI. —La confesion y la eucaristía. 352
CAPÍTULO XVII. —El culto y sus ceremonias. 373.
CAPÍTULO XVIII.—La fé.—Conclusion. 384

Tal será la segunda parte. El órden que en ella me he propuesto está calculado sobre el pensamiento que preside á toda la obra, á saber, el conducir la razon por medio de suaves gradaciones, desde los puntos que le son mas simpáticos hasta aquellos contra los cuales está mas preocupada; de modo que no le presentarémos estos últimos hasta despues de haberle familiarizado con los primeros y de haber hecho que los contemple libremente.

TERCERA PARTE.

Abrazará las pruebas estrínsecas ó históricas, y se subdividirá como sigue:

CAPÍTULO I. —Prólogo. 393
CAPÍTULO II. —Jesucristo. 399
CAPÍTULO III. —Los Evangelios. 416.
CAPÍTULO IV. —Las profecías. 434.
CAPÍTULO V. —Los milagros. 467.
CAPÍTULO VI. —Establecimiento del cristianismo. 490
CAPÍTULO VII. —Efectos del cristianismo. 502
§ I. —En el órden moral.
§ II. —En el órden intelectual.
§ III.—En el órden social.
CAPÍTULO VIII.—Estabilidad del cristianismo en la perpetuidad de su constitucion católica. 522
CAPÍTULO IX. —Conclusion. 532
CAPÍTULO X. —Resúmen. 539.

¡Qué programa!!! Y ¿quién soy yo para desempeñarlo dignamente? ¿Quién soy yo para relatar todas estas grandezas del hombre y estos sublimes abatimientos de Dios? Seria necesaria para esto el

harpa de un profeta, ¡y yo no tengo en mis trémulos dedos mas que una tímida pluma!....

¿Revelaré de una vez el secreto de mi fuerza, y dejaré conocer á mis lectores lo que ha pasado en mí?.... Desde mi mas profundo abatimiento, cuando todo mi sér, retirado en el sentimiento de su impotencia, habia llegado á hacerse en alguna manera casi vecino de la nada, sentí que el espíritu de verdad se llegaba á mí, y tocando mi frente humillada, me dijo:

"Levántate: ofréceme tu debilidad y te daré mi "fuerza; abandona tus pensamientos y recibe en "cambio mis inspiraciones. Yo me complazco en "visitar á los humildes de corazon, y cuando ellos "creen que todo está perdido, me elevo yo sobre "las tinieblas de su ignorancia como la hermosa es-"trella de la mañana. En un instante les hago pe-"netrar mas secretos de mi verdad eterna, que no "aprenderá el hombre en diez años de estudio en "las escuelas; y esto lo hago sin ruido de palabras, "sin mezcla de opiniones, sin fausto de honores y "sin contienda de argumentos. Pero tengo sobre "todo una inclinacion particular á todos los que en-"tran generosamente en mis designios, que contri-"buyen con sus trabajos á la perfeccion del edificio "que estoy levantando, y que colocan sobre los ci-"mientos, que ya le he puesto, oro, plata, piedras "preciosas, ó leña y paja, cada uno segun sus fuer-"zas y las facultades que *mi gracia* y la naturaleza "le han dado.—Yo soy el que en otro tiempo salia "al encuentro de Job en sus nocturnas visiones, el "que murmuraba palabras misteriosas al oido de "Sócrates, y le enseñaba esta frase, la mas sabia y "progresiva de todas las ciencias humanas: *Todo lo* "*que sé consiste en saber que no sé nada.*—Yo soy "el que, para convertir y civilizar al mundo, esco-"jí y envié á su conquista doce pobres pescadores "de Galilea. Yo soy el que hablaba por boca de "Pablo en el Areópago de Aténas, y el sentimiento "de mi asistencia hacia decir á este *artesano*, doc-"tor de las naciones: *Cuando soy débil, por esto mis-*"*mo me encuentro fuerte, porque todo lo puedo en el* "*que me fortifica.*—Yo soy, en fin, el que he guia-"do la pluma de todos mis apologistas, desde Jus-"tino hasta Pascal, y el que acabo de quebrantar la "soberbia de un genio estraviado, que queria diri-"jirse contra mí, y cuyos golpes se han tornado con-"tra él mismo.... Deja que yo te sirva de guia, "pero tiembla al seguirme; porque si el convenci-"miento en que estás de tu insuficiencia me ha "atraido, él solo podrá detenerme á tu lado, y mis "inspiraciones quedarian desvanecidas ante los mas "leves vapores de tu orgullo."

PRIMERA PARTE.—LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

EL ALMA.

No es preciso ir á buscar muy lejos la prueba de esta primera verdad, porque el primer fundamento de su demostracion se encuentra en su misma enunciacion. Puede decirse, efectivamente, que por lo mismo que tenemos idea del *alma*, es necesario que esta idea sea verdadera.

No tenemos idea de nada que no suponga en sí un principio directo ó indirecto de ecsistencia. Podemos formarnos ideas falsas; pero no hay ni una sola idea falsa que no tenga sus elementos de verdad, y la falsedad no está sino en la agregacion de estos elementos. Por ejemplo, nada es mas imaginario que el animal fabuloso que llaman *hipógrifo*, y sin embargo, nada es mas verdadero que los elementos de que convienen en componerlo, á saber: un caballo, una águila y un leon. Si nosotros no tuviésemos anticipadamente la verdadera idea de estos tres animales, no podriamos tener la idea falsa de su compuesto; ó si estos tres animales no ecsistiesen en la naturaleza, y sin embargo tuviésemos idea de su compuesto, seria ncesariamente indispensable que este último ecsistiese por sí mismo, porque no se puede con nada hacer ó representar alguna cosa.

Siendo así, ¿quién hubiera podido comunicarnos la idea de alma? ¿Cómo se hubiera introducido esta idea en el mundo si careciese de realidad? Para que fuese una mera suposicion, seria preciso que hubiéramos tenido otras ideas anteriores con que formarla. Pero nos hallamos sumerjidos en un elemento material, y nuestros sentidos no nos comunican mas que ideas de materia; ¿cómo hubiéramos podido pues adquirir la idea de una sustancia que nada tiene de materia? ¿Puede la materia contener en su esencia una idea tan pura, tan simple, tan *inmaterial* como la del espíritu? ¿Cómo puede ser principio de lo que la niega y la escluye de su propio sér? ¿Cómo puede ser ella en el hombre lo que piensa, es decir, lo que para el mismo hombre es el convencimiento de que su sér es algo mas que materia? Entre la idea de materia y la idea de espíritu ecsiste un abismo insondable, que no es capaz de salvar la mas fecunda imaginacion: ambas se escluyen mútuamente. Pueden inventarse las modificaciones; pero no se han inventado nunca las sustancias: y si no, ¿quién se formará, por ejemplo, la idea de una tercera sustancia que no sea ni material ni espiritual? Desde luego aseguramos que nadie, porque no se sabe de donde podria tomarse la idea. Pues bien, sucederia absolutamente lo mismo á quien no quisiese usar mas que de su idea de la materia para formarse la idea del espíritu. Por consiguiente, si tenemos la idea del espíritu, es necesariamente porque esta idea es una *idea-principio.*

Este argumento no tendria réplica aun cuando la idea de alma no se encontrase mas que en la cabeza de un filósofo, porque la imposibilidad de habérsela éste forjado seria la misma; pero ¡cuánta consistencia no toma cuando se nota que todos los hombres, en todos tiempos, en todos los lugares y en todos los grados de civilizacion, llevan en sí esta misma idea, distinta y positiva, de tal suerte que se encuentra en universal circulacion en todas las lenguas, en todas las acciones de la especie humana, y siempre y en todas partes se ha oido decir "mi alma, mi espíritu," del mismo modo que se dice "mi pié ó mi mano!"

Bajo este respecto, semejante certidumbre es la mas fuerte de todas. El alma, por quien sentimos las impresiones de todo lo demás, se reconoce á sí misma y se distingue de estas impresiones, raciocina sobre ellas, las une, las separa, las pesa, las juzga, las combate y las domina, les preecsiste y les sobrevive. El mismo sentimiento interior que nos hace afirmar estas proposiciones: *Yo soy; á mi rededor hay objetos que veo, que oigo, que toco*, nos asegura al propio tiempo que este YO, que este MI, son de distinta naturaleza que esos objetos, y que aun cuando estos objetos se manifiestan por todas sus relaciones de estension, de forma, de gravedad, de color, de divisibilidad y otras, ninguna de estas cualidades conviene al alma; y que al contrario, el sentimiento, el deseo, la voluntad, el pensamiento, la simplicidad del sér, que son sus atributos esenciales, en nada pertenecen al cuerpo; y que el alma es incorpórea, del mismo modo que son inanimados aquellos objetos. De suerte que el sentimiento interior que tiene el alma de sí misma y de su distincion de los cuerpos, descansa sobre la misma base que el sentimiento del sér y de todos los séres, y que no puede negarse esta verdad, sin negar tambien las cosas mas palpables.

Aun diré mas: creo que podria el hombre sospechar de todo, negarlo todo, mientras que esta verdad permaneceria libre de la mas lijera duda, y se cerneria como el espíritu sobre el caos para iluminarlo y ordenarlo una segunda vez. Todo cuanto nos parece dotado de ecsistencia á nuestro rededor, todo este mundo sensible que se agita á nuestra vista, podria no ser mas que un sueño ó una impresion fantástica. Semejante suposicion es tan imaginaria y atrevida como se quiera, pero no es absurda (1). A veces creemos estar viendo objetos y acontecimientos reales cuando nos despertamos: la realidad aparente del mismo despertar y su distincion del sueño podrian muy bien no ser sino otro sueño mas especioso. De este modo nuestra vida no seria mas que un prolongado sueño, durante el cual tendrian lugar otros sueños que en oposicion á los del despertar, nos parecerian menos fantásticos sin serlo en realidad; y bajo este concepto no se nos ofreceria en ninguna parte ni un solo asidero en la terrible pendiente de la duda. Felizmente tamaña suposicion no podria ecsistir un instante sin el manifiesto absurdo de que el mismo YO que duda, fuese dudoso; y de que la vida, como dice Píndaro, fuese el *sueño de una sombra;* porque si YO dudo, YO SOY, puesto que no se puede dudar sin ecsistir. Además, dudar ¿no es pensar? El principio pensador, el alma, es la sola realidad incontrastable donde van á replegarse todas nuestras certidumbres, la única que nos responde de nosotros mismos y de todo lo demás que está separado de nosotros, y á la cual la materia se ve obligada á pedir continuamente testimonio de su ecsistencia.

Por otra parte, ¡cuán vivos y pronunciados son los caracteres de superioridad que separan á nuestra alma de toda asimilacion con la materia! La materia, inerte en sí, no hace mas que obedecer al movimiento que se le ha dado, y yo siento en mí un principio de espontaneidad, concentrado en la unidad mas indivisible, que manda á todos mis órganos y por ellos á toda la naturaleza, y los hace servir á la satisfaccion de mi libre voluntad. La materia ni se dá cuenta de sí misma ni de todo el universo que llena; solamente yo pienso, reflecsiono, me recojo en mi interior, atraigo allí las impresiones esteriores, las centralizo, me alimento de ellas, ó las combato y neutralizo por medio de una fuerza interior que las domina y que se basta á sí misma. Colocadme en medio de un desierto; estoy allí rodeado de objetos materiales, graciosos, agradables y movibles, los árboles, las aguas, los animales; y sin embargo, siento que estoy solo.... que nada hay en rededor de mí que sea de la misma naturaleza que yo: yo, tan débil en mis órganos, tan mezquino en presencia de esa colosal naturaleza, yo siento dentro de mí un principio de superioridad sobre toda ella. No soy mas que una frágil caña, pero una caña *pensadora*, como dice Pascal; conozco mi flaqueza, y el universo ignora su fuerza, y hé aquí que por esto solo soy superior á esa misma fuerza.

Mas no está todo ahí: este mundo material no es el solo que se halla bajo el dominio de mi inteligencia. Tengo en mi interior otro mundo intelectual, donde mi pensamiento se espacía, se encierra ó se eleva del mismo modo que mi cuerpo en la naturaleza. Lo verdadero y lo bello habitan en este mundo, que no es iluminado por la luz del sol, sino por otra luz intelectual y divina, la verdad; la verdad sin formas, ideal, pura, simple, eterna é inmutable, que es constantemente el digno objeto de mis investigaciones, de mis trabajos y de todas mis delicias. Estoy embelesado, absorbido, abismado en ella, separado, muy separado de la parte corporal de mi ecsistencia: nada oigo, nada veo, ni nada siento de cuanto hay material en el universo; y sin embargo, en esto mismo encuentro el placer mas puro de mi vida: y cuando salgo de este mundo intelectual para volver de nuevo al material, me parece que me arrancan de mi sér, y que entro en una obscura prision.

Hay mas aún: el mundo moral es otro de mis dominios, de mis palacios, cuyo trono es la conciencia. Entro en ella como en un santuario, y me pongo en relacion con una justicia eterna y una

(1) La han hecho San Agustin, Descartes y otros grandes ingenios.

perfeccion infinita, que el mundo corporal no conoce. Aquí siento mejor que en ninguna otra parte la dignidad de mi naturaleza: me reconozco dueño, libre y responsable, y veo que mientras todo lo que es materia obedece á leyes precisas, yo solo soy el que me las impongo, aceptando ó desechando las que se me han dado. Aquí gozo, sufro; pero un gozo y un sufrimiento que mis órganos no pueden ni aumentar ni debilitar, y que tienen su orígen en el uso que he hecho de mi libertad. Aquí, aun faltándome todo cuanto puede lisonjear á mi cuerpo, y hasta en la destruccion de mi mismo cuerpo, puedo ser feliz; y aquí mismo, aun nadando en la abundancia de todos los bienes sensibles, y hallándome en completa paz con la materia, puedo tambien ser muy desdichado.

La sensibilidad,—la inteligencia,—la conciencia, —hé aquí pues los tres principales atributos de mi sér, que ningun contacto ni relacion tienen con la materia, y por medio de los cuales percibo y me convenzo de la ecsistencia de una sustancia inmaterial que está dentro de mí y que es el YO.

Hay muchas otras pruebas luminosas del espiritualismo; pero creo deberme limitar á las presentes, porque sin duda dejarán satisfecho á cualquiera entendimiento reflecsivo que solo desee la verdad.

Digamos, pues, con un gran filósofo:

No el instinto, no el acaso
Mueve el labio ni el pié mio,
Sino mi libre albedrío,
Cuando yo hablo ó doy un paso:
Yo siento en mí un celestial
Espíritu inteligente,
De quien es siervo obediente
Este cuerpo material.
Y aunque ocultas en mi estén
Sus fuerzas, por ellas vivo,
Y mas claro las concibo
Que cuanto mis ojos ven (1).

CAPÍTULO II.

DIOS.

TRISTE cosa es verse obligado á probar esta verdad, cuando debiera bastar su simple enunciacion para que el mundo la reconociese como la luz del mediodia. Todas las verdades tienen orígen en esta verdad primitiva: el sentimiento de nuestra ecsistencia y de la de todos los demás séres, la misma idea de ecsistencia, son inseparables de la idea de un primer sér, que es su esencia, y por el cual todo vive, se mueve y respira.

Entremos sin embargo en algunas esplicaciones. —Las pruebas de la ecsistencia de un Sér Supremo son infinitas en su variedad, porque cada sér particular la prueba á su modo. Reasumiendo empero las principales, las limitarémos á siete.

I. *Prueba del sentido comun.*—"Siento que hay "un Dios, dice Labruyere, y jamás siento lo con- "trario: esto me basta para de ahí concluir que "Dios ecsiste. Todos los raciocinios del mundo "no me llevarian tan lógicamente á esta conclusion, "que está además en mi misma naturaleza. No "puedo sospechar falsedad en ella, porque he ad- "quirido sus principios con mucha facilidad en mi "infancia, y despues, en edad mas avanzada, los he "conservado muy naturalmente. Hay no obstante "algunos espíritus fuertes que pretenden haberse "desprendido de semejantes principios: dudoso es "si efectivamente lo han logrado; pero en tal caso, "esto no probaria sino que entre los hombres hay "algunos monstruos (1).

Estas líneas han sido dictadas por el sentido comun; de modo que si en vez de dejarnos llevar á argumentaciones sin término, supiésemos conducir y detener en este sentido comun a los espíritus fuertes, llegariamos á abrumarlos con todo el peso de la verdad, de la cual se mofan.

Lo que constituye todo el nervio de la reflecsion de Labruyere es que lo mismo que dice de sí se puede aplicar á la humanidad entera. La verdad de un Dios es de instinto y de práctica universales; y como dice admirablemente otro autor afamado: "Desde el momento en que un raciocinio ataca al "instinto y á la práctica universal, puede tal vez "ser difícil de refutar, pero de seguro es falaz y so- "fístico, y el hombre discreto se libra de él siguien- "do la opinion comun (2)."

Los ateos, si es posible que ecsistan algunos, son muy audaces; porque no tan solo combaten al instinto universal, sino que lo hacen sin armas, sin raciocinios, y toda su fuerza consiste en el arte con que cambian el giro de los argumentos, y en la manía de querer persuadir al género humano que es este el que debe probarles que Dios ecsiste.

Para confundirles no se necesita mas que decirles: La imposibilidad que teneis de probar que no hay Dios prueba su ecsistencia.

La humanidad está en posesion de la idea de Dios,—probad que no le hay. Esta verdad descansa sobre el sentido íntimo y el sentido comun, —echadla por tierra si podeis. Nos hallamos dispuestos á oiros y á dejarnos vencer por la fuerza de vuestros raciocinios: hacednos conocer pues la invencible razon que ha sabido convenceros á despecho de la razon comun Es verdad que llegais ya tarde: toda la especie humana os acosa, la misma naturaleza se subleva y va a venceros, el uni-

(1) LA FONTAINE, Fábulas. *Los dos Ratones, La Zorra y el Huevo.*—Todos los embrollados sistemas de los materialistas caen ante esta esposicion sencilla de una verdad tan al alcance del sentido comun, y tan bien espresada por aquel autor, á quien llaman *el hombre de bien.* A esto puede agregarse la reflecsion siguiente, no menos natural y significativa, por haberla puesto el gran Moliere en boca de un criado: "Lo que digo es, señor, " que por mas que te empeñes, alguna cosa hay en el hombre " tan maravillosa, que ningun sabio acertó á esplicarla. ¡No es " en efecto la mayor maravilla esta quisicosa que me anda en " la cabeza, y que á la vez piensa en cien objetos distintos, y " que hace de mi cuerpo todo cuanto se le antoja?" [*Convidado de piedra*, acto 3, escena 4.]

(1) Labruyere, chap. 16.

(2) Pensées de Joubert, t. I, p. 318.—Este era tambien el pensamiento de Ciceron, cuando decia: "Cualquiera juicio de "la naturaleza, que sea universal, es *necesariamente* verdadero. "Es preciso, pues, que haya dioses." *De natura Deorum*, lib. 1, cap. 17.